Los chicos del ferrocarril

LIBROS DE PAN|**B**erenice

THE RAILWAY CHILDREN

by E. NESBIT

Author of "Oswald Bastable", "The Treasure-Seekers", etc.

With Drawings
by C.E. BROCK

Edith Nesbit

Los chicos del ferrocarril

Ilustraciones de C. E. Brock

Traducido por Nuria Reina Bachot

Berenice

Título original: *The Railway Children*
Edith Nesbit, 1906
Ilustraciones de C. E. Brock

© De la traducción: Nuria Reina Bachot, 2013
© De esta edición: Berenice, 2013
www.editorialberenice.com

Primera edición: octubre 2013

Editor:
David González Romero

Diseño:
Equipo Berenice

Maquetación y corrección:
Deculturas, S. Coop. And.

Impresión y encuadernación:
Lince Artes Gráficas

ISBN: 978-84-15441-34-2
Depósito legal: Co-1728/2013
BIC: FA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España / *Printed in Spain*

A mi querido hijo Paul Bland,
cuya sabiduría sobre el ferrocarril
ha sido el refugio secreto
de mi ignorancia.

Edith Nesbit

Capítulo uno
El principio de todo

No eran niños del ferrocarril, eso para empezar. Supongo que antes no se habían planteado pensar en los trenes a no ser que fuese para ir a Maskelyne y Cook's,* a los títeres, a los Jardines del Zoológico o al Madame Tussaud. Tan sólo eran unos niños corrientes de las afueras que vivían con su Padre y su Madre en una casa corriente con una fachada de ladrillos rojos y vidriera de colores en la entrada, un pasillo embaldosado al que llamaban recibidor, un baño con agua fría y caliente, un timbre, ventanas francesas y unas paredes de un blanco reluciente. En pocas palabras, y tal y como diría un agente inmobiliario, vivían en una «casa moderna con todas las comodidades».

Eran tres hermanos. Roberta era la mayor. Por supuesto, las madres no tienen favoritos pero si su madre *hubiese* tenido un favorito, sin duda habría sido Roberta. Después llegó Peter, que de mayor quería ser ingeniero; y la pequeña Phyllis, una niña tan buena como prometedora.

Madre no se pasaba el día visitando señoras estúpidas y, como era de esperar, tampoco se sentaba a esperar sus vi-

* Parque de atracciones del Londres de 1900. *(Todas las notas son de la traductora.)*

sitas como una tonta. Casi siempre estaba al pie del cañón, lista para jugar con los niños, leerles y ayudarles a hacer los deberes. Además de esto, solía escribir historias para ellos mientras estaban en la escuela y solía leérselas después del té, y siempre se inventaba poesías divertidas para sus cumpleaños y para otras grandes ocasiones como, por ejemplo, el bautizo de los nuevos gatitos o la reforma de la casa de muñecas, o aquella vez que cogieron las paperas.

Desde luego, eran muy afortunados. Siempre habían tenido todo lo que deseaban: ropa bonita, una buena lumbre, un cuarto de juegos repleto de juguetes y un delicioso papel pintado de Mamá Oca.* Tenían una niñera agradable y cariñosa, un perro al que llamaban James, el cual siempre estaba a su entera disposición. También tenían un padre que simplemente era perfecto; nunca estaba de mal humor, nunca cometía una injusticia y casi siempre estaba disponible para jugar y, si por cualquier razón *no* lo estaba, explicaba sus razones a los niños de una forma tan divertida y emocionante que estaban seguros de que decía la verdad y realmente no podía jugar con ellos.

Pensaréis que debían de ser muy felices. Y sí que lo eran. Pero no sabían *cuánto* hasta que su encantadora vida en la Casa Roja se acabó y se vieron obligados a llevar una vida muy distinta.

El fatal cambio sucedió de repente.

Peter celebraba un cumpleaños: el décimo, nada menos. Entre otros muchos regalos recibió la maqueta de una lo-

* Alusión al personaje de la fábula popularizada por Perrault.

comotora tan perfecta que ni en tus mejores sueños te la habrías imaginado así. No es que los otros regalos no tuvieran su encanto; es que el encanto de aquella locomotora eclipsaba al resto.

Tal encanto y perfección duraron exactamente tres días. Entonces, bien fuera por la inexperiencia de Peter o porque Phyllis confundía la presión con el cariño, o por alguna otra causa, la locomotora estalló de repente en un fogonazo y se apagó. James se asustó tanto que salió escopetado y no regresó en todo el día. Todos los habitantes del Arca de Noé que viajaban en el ténder* se hicieron añicos pero nadie más resultó herido aparte de la pequeña locomotora y los sentimientos de Peter. Los otros niños dijeron que lo vieron llorando por lo ocurrido –pero, por supuesto, los chicos no suelen llorar a pesar de las terribles tragedias que puedan ennegrecer su suerte–. Así pues, dijo que tenía los ojos rojos porque estaba resfriado. Y al final su explicación resultó cierta, sólo que en ese momento Peter no lo sabía; al día siguiente se vio obligado a quedarse en cama y guardar reposo. Madre empezaba a temer que hubiese cogido el sarampión cuando de repente se sentó en la cama y dijo:

–Odio las gachas, odio la cebada, odio el pan y la leche; quiero levantarme y comer algo de *verdad*.

–¿Qué te apetece? –preguntó Madre.

–Un pastel de carne –dijo Peter, enfurecido–, un gran pastel de carne. El más grande.

Así que Madre pidió a la Cocinera que hiciese un pastel

* Vagón-remolque que va justo detrás de la locomotora.

... la locomotora estalló de repente en un fogonazo...

de carne. Y el pastel se hizo. Y cuando el pastel estaba hecho, se metió en el horno. Y cuando salió del horno, Peter comió un poco. Después de esto, se encontraba mucho mejor. Madre escribió una pequeña poesía para entretenerle mientras se hacía el pastel. Comenzaba hablando de un desafortunado pero admirable chico llamado Peter y continuaba así:

Tenía una locomotora a la que amaba
Con toda su alma y corazón
Y si tenía un deseo sobre la tierra
Era conservarla en todo su esplendor.
Un día –preparaos, amigos míos,
Pues aquí viene lo peor–,
De repente, una tuerca se volvió loca.
¡Y la caldera ardió!
Con rostro sombrío del suelo la recogió
Y se la llevó a su Madre
Sin poder siquiera imaginar
Que otra locomotora
Le iba a fabricar.
Por aquellos que perecieron en la línea
Ni una lágrima derramó,
Siendo su locomotora más importante
Que toda la gente a quien llevó.
Ahora veis por qué
nuestro Peter cayó enfermo
y alivia su alma con pastel de carne
esperando matar así su pena punzante.
Envuelto en cálidas mantas

Duerme en cama hasta tarde
Resuelto a superar de este modo
Su destino miserable.
Y si sus ojos están rojos,
su resfriado le puede excusar;
Ofrecedle pastel, y estad seguros
Que no lo rechazará.

Padre había estado fuera durante varios días. Ahora, si aún existía alguna esperanza de arreglar su pobre locomotora, debía depositarla en su Padre, el ser más habilidoso del mundo, capaz de hacer magia con sus dedos. Poseía el don de arreglar todo tipo de objetos. A menudo había hecho de cirujano y veterinario con el caballito de madera; en cierta ocasión, cuando toda esperanza de ayuda humana había desaparecido y a la pobre criatura ya la habían dado por perdida, e incluso el carpintero dijo que ya no había nada que hacer, Padre le salvó la vida. Y fue Padre quien remendó la cuna de la muñeca cuando nadie más era capaz; y con un poquito de pegamento y algunos trocitos de madera y una navaja consiguió que todos los animales del Arca de Noé se sujetaran con fuerza sobre sus alfileres tal y como lo estaban al principio o con más firmeza si cabe.

Peter, haciendo gala de un heroico altruismo, no dijo nada de su locomotora hasta que Padre terminó de cenar y se echó su cigarro de después de cenar. El altruismo era una idea de Madre, pero era Peter quien la ponía en práctica. Y requería una buena dosis de paciencia, que todo hay que decirlo.

Al final Madre dijo a Padre:

–Ahora, querido, si ya te encuentras más descansado y ya te has puesto cómodo, queremos contarte lo ocurrido con el accidente de ferrocarril y pedirte consejo.

–De acuerdo –dijo Padre–, ¡dispara!

Así pues, Peter le contó su desgracia y fue a buscar los restos de la locomotora.

–Vaya –dijo Padre al mirar la locomotora de arriba abajo.

Los niños contuvieron el aliento.

–¿*No* hay esperanza? –dijo Peter en voz baja y temblorosa.

–¿Esperanza? Mucho más que eso. Toneladas de esperanza –dijo Padre animado–; pero requerirá algo más que esperanza, digamos que un poco de soldadura y una válvula nueva. Creo que podríamos dejarlo para una de estas tardes de lluvia. En otras palabras, dedicaré la tarde del sábado a repararla y todos vosotros me ayudaréis.

–¿Las chicas *pueden* arreglar máquinas? –preguntó Peter sorprendido.

–Por supuesto que pueden. Las chicas son tan inteligentes como los chicos, ¡no lo olvides! ¿Qué te parecería ser maquinista, Phil?

–Tendría la cara siempre sucia, ¿no? –dijo Phyllis con un tono nada entusiasta–, y estoy prácticamente segura de que acabaría rompiendo algo.

–A mí me encantaría –dijo Roberta–. ¿Crees que podré hacerlo cuando sea mayor, Papi? ¿Y podría ser bombera también?

–Querrás decir fogonera –dijo Papi trasteando en los entresijos de la locomotora–. Bien, si cuando seas mayor

aún sigues deseándolo, intentaremos hacer de ti toda una fogonera. ¡Ay, todo esto me trae recuerdos de mi infancia!

Justo en ese momento llamaron a la puerta.

–¿Quién vive? –dijo Padre–. Por supuesto, esto diría un caballero inglés en su castillo. ¡Cuánto me habría gustado que hubiesen construido estas villas semi-adosadas con un foso y puente levadizo para poder decirlo!

Ruth, que era la doncella del salón y tenía los cabellos de un rojo bermellón, entró y dijo que dos caballeros deseaban ver al señor de la casa.

–Les he invitado a pasar a la biblioteca, Señor –dijo la doncella.

–Espero que sea la cuota para el homenaje del Vicario –dijo Madre–,* o será otra colecta más para financiar las vacaciones de los niños del coro. Despáchalos pronto, querido. Nos van a dar la tarde y además ya casi es hora de acostar a los niños.

Pero Padre no parecía capaz de despachar a los caballeros tan deprisa.

–Me habría encantado que *tuviésemos* una fosa y un puente levadizo –dijo Roberta–; entonces, cuando viniera alguien que no queremos, simplemente levantaríamos el puente levadizo y ya nadie podría entrar. Me temo que a Padre se le va a olvidar su infancia si se quedan mucho rato.

Madre intentó entretenerles contándoles un cuento de una princesa que tenía los ojos verdes pero era muy difícil; se escuchaban las voces de Padre y de los caballeros en la

* Ceremonia que se solía celebrar en Navidad en honor del párroco para recaudar fondos para los más necesitados.

biblioteca y la voz de Padre sonaba cada vez más alta y diferente de la voz que normalmente solía usar con la gente que venía a recaudar fondos para el homenaje y el coro.

En ese momento sonó la campanilla de la biblioteca y todos respiraron aliviados.

–Ya se marchan –dijo Phyllis–; ha llamado para que les acompañen a la puerta.

Pero en lugar de salir nadie, entró Ruth, y con la cara muy rara, pensaron los niños.

–Por favor, señá –dijo–, el señor la reclama en el estudio. Parece un muerto, no dice ni pío. Creo que tiene malas noticias. Es mejor que se preparen para lo peor. Señá, tal vez haya habido una muerte en la familia o estemos en la ruina o...

–Eso es todo, Ruth –dijo Madre amablemente–; ya te puedes marchar.

Entonces Madre entró en la biblioteca. Otra charla más. La campana sonó de nuevo y Ruth fue a buscar un carruaje. Los niños escucharon ruido de botas subir y bajar por las escaleras. Las ruedas del carruaje se alejaron y la puerta de entrada se cerró. Luego entró Madre. Su rostro parecía tan pálido como un cuello de encaje, y sus ojos parecían muy grandes y brillantes. En su boca tan sólo quedaba un fino rastro de carmín y sus labios se habían vuelto más delgados, perdiendo por completo su forma original.

–Es hora de irse a la cama. Ruth, acuéstalos tú.

–Pero nos prometiste que hoy nos acostaríamos tarde porque Padre había llegado –dijo Phyllis.

–Padre ha tenido que marcharse por asunto de negocios –dijo Madre–. Vamos, queridos, todos a dormir.

Los tres la besaron y se fueron. Roberta alargó su despedida abrazándola de nuevo y le susurró al oído:

–No eran malas noticias, ¿verdad, Mami? ¿Ha muerto alguien? O...

–Nadie ha muerto, no –dijo Madre casi empujando a Roberta–. Por ahora no puedo contarte nada más, cachorrito mío. Vete, mi amor, *ahora* vete.

Así que Roberta se fue.

Ruth cepilló el cabello a las niñas y les ayudó a ponerse el pijama. (Madre solía hacerlo ella misma.) Cuando ya había apagado el gas y las dejó acostadas, se encontró a Peter aún vestido, esperando en las escaleras.

–Y digo yo, Ruth, ¿qué es lo que pasa? –preguntó.

–Tú no me preguntes y yo no te mentiré –respondió la pelirroja–. Pronto te enterarás.

Por la noche, ya muy tarde, Madre entró en la habitación y besó a los niños que ya estaban profundamente dormidos. Sin embargo, Roberta fue la única a la cual despertó el beso, pero se quedó quieta como un ratoncito y no dijo nada.

«Si Madre no quiere que sepamos que ha estado llorando», se dijo mientras escuchaba en la oscuridad la respiración entrecortada de su madre, «*no* lo sabremos. Y ya está».

Cuando a la mañana siguiente bajaron a desayunar, Madre ya había salido.

–A Londres –dijo Ruth y les dejó desayunando.

–Hay algo que huele mal en todo este asunto –dijo Peter al romper su huevo–. Ruth me dijo anoche que nos íbamos a enterar pronto.

–¿Le *preguntaste*? –dijo Roberta con desprecio.

–Sí, ¡qué pasa! –respondió Peter enfadado–. Si tú fuiste capaz de irte a la cama sin importarte si Madre estaba preocupada o no, yo no pude. Punto.

–No creo que debamos preguntarle al servicio cosas que Madre no quiere contarnos –dijo Roberta.

–Ea, ya salió la beatilla –dijo Peter–, venga, échanos otro sermón.

–*Yo* no soy ninguna beata –dijo Phyllis–, pero creo que Bobbie tiene razón esta vez.

–Por supuesto. Siempre la tiene. Según su opinión, claro –dijo Peter.

–Oh, ¡*no* es verdad! –gritó Roberta dando un golpe en la mesa con su cuchara–; y no es momento de riñas entre nosotros. Estoy segura de que ha ocurrido una desgracia terrible. ¡No lo empeoremos!

–¿Y se puede saber quién ha empezado? –dijo Peter.

Roberta hizo un esfuerzo y respondió:

–Yo, supongo, pero...

–Entonces, vale –dijo Peter triunfador. Y antes de irse a la escuela arreó a su hermana un par de golpes en los hombros y le dijo que se animara.

Los niños llegaron a casa a la una en punto, justo a la hora de comer, pero Madre no estaba allí y tampoco lo estaba a la hora del té.

Eran casi las siete cuando llegó, con tan mala cara y tan cansada que los niños comprendieron que era mejor no hacerle preguntas. Se sentó abatida en el sillón. Phyllis le quitó los alfileres del sombrero, esos tan largos, mientras Roberta le quitaba los guantes y Peter le aflojaba los cordones de los

zapatos y se iba a buscar sus zapatillas de estar por casa, tan suaves y aterciopeladas.

Cuando ya se había tomado una taza de té y Roberta le había puesto un poco de colonia en el pelo para refrescarle la cabeza, que casi le estallaba, Madre dijo:

–Ahora, tesoros míos, quiero contaros algo. La otra noche esos hombres trajeron muy malas noticias y Padre estará fuera algún tiempo. Esto es algo que me tiene muy preocupada y quiero que todos me ayudéis y no me pongáis las cosas más difíciles.

–Cómo íbamos a hacer eso –dijo Roberta poniendo la mano de su madre en su cara.

–Me podéis ayudar mucho –dijo Madre–. Siendo buenos y no peleándoos cuando yo estoy fuera –Roberta y Peter intercambiaron una mirada donde se palpaba la culpabilidad–, necesito que hagamos este trato por si tengo que salir.

–No nos pelearemos. De verdad que no –dijeron todos–. Y seremos buenos, también.

–Entonces –continuó Madre–, no quiero que me hagáis preguntas sobre este asunto; y tampoco quiero que se las hagáis a nadie más.

Peter se encogió y se puso a arrastrar la bota sobre la alfombra.

–Tú también lo prometes, ¿no? –dijo Madre.

–Le pregunté a Ruth –dijo Peter de repente–. Lo siento mucho, pero lo hice.

–¿Y qué te dijo?

–Que pronto lo sabría.

–Tampoco necesitáis saberlo –dijo Madre–; se trata de

negocios, y vosotros siempre decís que no entendéis nada de negocios, ¿no?

–No –dijo Roberta–; ¿tiene que ver con el Gobierno? Como Padre trabaja para el Gobierno…

–Sí –dijo Madre–. Ahora a la cama, tesoros míos. Y no *os* preocupéis. Al final todo saldrá bien.

–Entonces tampoco te preocupes *tú*, Madre –dijo Phyllis–, y nosotros seremos tan buenos que pareceremos angelitos.

Madre suspiró y los besó.

–Empezaremos a portarnos bien mañana por la mañana –dijo Peter mientras subían las escaleras.

–¿Y por qué no *ahora*? –dijo Roberta.

–Ahora no hay nada por *lo* que merezca la pena portarse bien, tonta –dijo Peter.

–Podríamos empezar por intentar *ser* buenos hermanos –dijo Phyllis–, y no insultarnos.

–¿Quién está insultando? –dijo Peter–. Bobbie sabe muy bien que cuando le digo «tonta», es lo mismo que si hubiese dicho Bobbie.

–¡*Ya*! –dijo Roberta.

–No, no es lo que tú te piensas. Sólo es un... ¿Cómo lo llama Padre? ¡Un término cariñoso! Buenas noches.

Las chicas doblaron su ropa con más cuidado de lo habitual, ya que era la única forma de portarse bien que se les ocurrió en ese momento.

–Mira por dónde –dijo Phyllis, alisando su delantal–, solía decir yo que no nos ocurría nada excitante, como en los libros. Y mira ahora.

–No me gustaría que Madre sufriera más por culpa de nuestras tonterías –dijo Roberta–. Las cosas ya están suficientemente feas.

Todo continuó igual de mal durante tres semanas.

Madre casi siempre estaba fuera. Las comidas se habían convertido en una guerra donde todo valía y la cocina acababa manga por hombro. Despidieron a la medio-doncella y Tía Emma nos hizo una visita. Tía Emma era mucho más mayor que Madre. Había estado fuera para prepararse como institutriz. Su única preocupación era ir vestida de punta en blanco, y como ellos parecían tan desaliñados y su ropa tan raída, siempre les soltaba tremendas retahílas acerca de la pulcritud en el vestir y siempre tenía la máquina de coser a todo trapo, durante todo el día y gran parte de la noche. Tía Emma creía que los niños debían tener un espacio propio. Y ellos le tomaron la palabra con creces. La idea de Tía Emma acerca de «un espacio propio» se refería a cualquier lugar en el cual ellos no coincidieran. Así que la veían muy poco. Preferían la compañía del servicio, que les divertía mucho más. La Cocinera, si la pillabas de buen humor, era capaz de cantar canciones muy divertidas, y el ama de llaves, si no le hacías ninguna trastada, podía imitar a una gallina poniendo un huevo, el sonido de una botella de champán al descorchar y el maullido de dos gatos peleándose. El servicio nunca dijo nada a los niños acerca de las malas noticias que aquel caballero trajo a Padre. Sin embargo, ellos no paraban de insinuarles que podían hacer un buen trato si se lo contaban, y esto les resultaba bastante incómodo.

Un día Peter puso una trampa encima de la puerta del

baño, y como funcionó justo cuando Ruth pasaba por allí, la doncella del salón con los cabellos bermellón le cogió por la orejas y le tiró hacia arriba.

–Tú vas a acabar muy mal –le dijo furiosa–. ¡Engendro maligno! Si no enmiendas esos modales, vas a ir a parar a donde ha ido tu querido padre, te lo digo yo, ¡derechito allí!

Roberta repitió esas mismas palabras a su Madre y al día siguiente despidieron a Ruth.

Después de aquello, llegó el momento en el que Madre, tras llegar a casa, se metió en la cama y se quedó allí durante dos días y vino el Doctor, y los niños comenzaron a caminar como almas en pena por toda la casa, preguntándose si aquello era el fin del mundo.

Una mañana, Madre bajó a desayunar, muy pálida y con una expresión que nunca antes habían visto. Y sonrió, tan bien como pudo, y dijo:

–Cachorritos míos, ya está todo arreglado. Vamos a dejar esta casa y vamos a vivir en el campo. Estaremos como pez en el agua. Os encantará.

A aquello le siguió una turbulenta semana de embalaje: no sólo había que empaquetar la ropa, igual que cuando haces la maleta para irte de viaje, sino también había que embalar sillas y mesas, y cubrirles el respaldo con sacos y las patas con rafia.

Vamos, se empaquetaron todo tipo de cosas que normalmente no echas en la maleta cuando te vas de viaje. Vajilla, mantas, candelabros, alfombras, armazones de camas, cacerolas, incluso los cubrefuegos y todos los accesorios de la chimenea.

La casa se había convertido en un guardamuebles. Creo que los niños se lo pasaban en grande allí. Esos días, Madre estaba muy ocupada pero no tan ocupada como para no hablar con ellos, leerles o incluso inventar una pequeña rima para Phyllis y animarla un poco cuando se cayó mientras sostenía un destornillador, con el cual acabó pinchándose.

–Madre, ¿no vas a empaquetar esto? –preguntó Roberta señalando a la hermosa alacena taraceada con caparazón de tortuga y latón.

–No podemos llevárnoslo todo –dijo Madre.

–Pero es que parece que nos llevamos sólo lo más feo –dijo Roberta.

–Estamos llevándonos las cosas más útiles –dijo Madre–; tendremos que hacer de Pobres durante un tiempo, chiquitina.

Cuando se empaquetaron todas las cosas feas y útiles y unos hombres con delantal verde las subieron a un carro, las dos chicas, Madre y Tía Emma se fueron a dormir a las dos habitaciones que quedaban libres, donde todos los muebles sí eran bonitos. Se habían llevado todas las camas así que se improvisó una cama para Peter en el sofá del salón.

–¡Esto mola! –dijo entusiasmado mientras se escabullía cuando Madre intentaba acostarlo–. ¡Me gusta esto de mudarse! Me encantaría que nos mudásemos una vez al mes.

Madre se echó a reír.

–¡Pues a mí no! –dijo ella–. Buenas noches, primo Peter.*

* En el original *Peterkin*. *Kin* significa pariente o familiar, y es una broma

Cuando Madre se dio la vuelta, Roberta vio su rostro. Jamás podría olvidarlo.

«¡Oh, Madre!», se susurró a sí misma cuando se metía en la cama, «¡Qué valiente eres! ¡Cuánto te quiero! ¡Fingir que tienes ganas de bromear cuando en el fondo estás tan triste!

Al día siguiente continuó el embalaje. Y se empaquetaron cajas y más cajas; y luego, ya bien entrada la tarde, un coche los recogió para llevarlos a la estación.

Tía Emma fue a despedirles. *Ellos* sintieron que también *la* despedían y estaban, por otro lado, encantados de hacerlo.

–¡Oh, pobres niñitos extranjeros que van a caer en sus manos! –susurró Phyllis–. No me gustaría ser uno de ellos por nada del mundo.

Al principio del viaje disfrutaron mirando por la ventanilla pero a medida que la noche se adentraba, el sueño se adentraba en ellos cada vez más y más y ninguno fue consciente del tiempo que habían estado en el tren hasta que su Madre les despertó con un suave zarandeo y les dijo:

–Despertad, queridos. Ya hemos llegado.

Y despertaron, helados de frío y melancólicos y se quedaron quietos, titiritando sobre la vía donde había una gran corriente, mientras se terminaba de sacar todo el equipaje del tren. Luego, se quedaron mirando cómo las luces traseras del furgón de cola se alejaban en la oscuridad.

Ese fue el primer tren que los niños vieron en esa vía,

---

de situación, pues al acostar a su hijo en el sofá del salón parece un invitado en su propia casa, un pariente o un huésped que ha venido de visita.

algo que en cuestión de poco tiempo se convertiría en una costumbre muy apreciada por todos ellos. En ese momento no adivinaron cuánto llegarían a amar el ferrocarril y qué pronto llegaría a convertirse en el centro de su nueva vida, ni qué sorpresas y cambios les traería. Tan sólo titiritaban y estornudaban y guardaban la esperanza de que el camino a la nueva casa no fuese demasiado largo. Peter tenía la nariz helada; no recordaba haberla tenido tan fría en toda su vida. Roberta llevaba el sombrero torcido y el elástico parecía mucho más tirante de lo normal. Phyllis llevaba los zapatos desatados.

–Vamos –dijo Madre–, tenemos que andar un poco, por aquí no hay coches que nos puedan llevar.

El camino era oscuro y estaba lleno de barro. Los niños dieron algún que otro traspié sobre la carretera y en uno de ellos, Phyllis, sin darse cuenta, se cayó en un charco y la rescataron empapada y sollozando. No había lámparas de gas que alumbrasen la carretera y era toda cuesta arriba. El carro iba al ritmo de sus pasos y ellos seguían el crujido áspero de sus ruedas. Tan pronto como sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, fueron capaces de percibir el montículo de cajas balancearse sutilmente frente a ellos.

Para que el carro pasara, debía abrirse una gran verja y, una vez cruzada, la carretera parecía atravesar el campo, y ahora el camino era cuesta abajo. Enseguida apareció algo muy grande y tosco a la derecha.

–Ahí está la casa –dijo Madre–. Me pregunto por qué la mujer habrá cerrado las contraventanas.

–¿Qué mujer? –preguntó Roberta.

–La mujer a la que encargué la limpieza de la casa, colocar los muebles y prepararnos la cena.

Se toparon con un muro no muy alto y árboles en su interior.

–Ese es el jardín –dijo Madre.

–Más que un jardín parece una grasera llena de repollos ennegrecidos –dijo Peter.

El carro caminó a lo largo del muro del jardín y la parte trasera de la casa y una vez aquí chocó de manera estrepitosa contra un adoquín de la parcela que lo frenó, justo frente a la puerta de atrás.

No había luz en ninguna de las ventanas.

Todos aporrearon la puerta, pero nadie les abrió.

El hombre que conducía el carro dijo que tal vez la Señora Viney ya se habría ido.

–Tenga en cuenta que su tren llegó a las tantas –dijo el hombre.

–Pero ella tiene la llave –dijo Madre–. ¿Qué hacemos?

–A lo mejor la ha dejado en el descansillo –dijo el carretero–; como hace la gente de por aquí –Descolgó el farol de su carro y les alumbró.

–Mírala, aquí está, justo donde yo decía.

El hombre abrió la puerta, entró y dejó el farol sobre la mesa.

–¿Tie' usté' una vela? –preguntó.

–Yo no sé dónde están las cosas –Madre habló de una manera bastante menos amable de lo habitual.

El hombre prendió una cerilla. Había una vela encima de la mesa, así que la encendió. Con ese sutil destello los

niños vieron una gran cocina vacía, vestida con un suelo de piedra. No había ni cortinas ni alfombra frente a la chimenea. La mesa de la cocina del que ahora ya era el nuevo hogar estaba situada en medio de la habitación. Las sillas estaban en una esquina y las cacerolas, sartenes, escobas y vajilla, en otra. No había ninguna lumbre y la chimenea, totalmente ennegrecida, tan sólo albergaba unas cenizas frías y muertas.

Una vez que el carretero salió fuera y les trajo sus cajas, les sorprendió un sonido que crujía, correteaba y parecía provenir del interior de las paredes de la casa.

–Oh, ¿qué es eso? –gritaron las niñas.

–Sólo son ratas –dijo el carretero. Y salió de la casa y cerró la puerta; y la corriente repentina levantada tras su marcha apagó la vela.

–Oh, chicos –dijo Phyllis–. ¡Desearía que no hubiésemos venido! –Y derribó una silla.

–¡*Sólo* son ratas! –dijo Peter en la oscuridad.